

I. CONFERENCIAS Y COLOQUIOS

LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ, LA MITRA Y LA CORONA

José Luis Peset
I. H. - C.S.I.C.

1. UNA PECULIAR INSTITUCIÓN

La universidad de Alcalá está muy unida a la figura de su fundador, el Cardenal Cisneros, el cisne de sus armas ha llegado desde el patio del Colegio de San Ildefonso, hasta el escudo de la universidad Complutense. Un efímero y reciente intento de suprimir esta ave de su escudo, parece que va a ser rectificado, devolviendo los honores al plumífero símbolo. Sin duda con méritos sobrados, pues la figura del fundador ha pasado a nuestra historia con magníficos atributos. Se le considera un santo, dado a la penitencia mientras confesaba a la católica Isabel. También fue un buen gobernante, pues supo aconsejar a los monarcas y aprovechar las ausencias de los reyes, hasta la llegada del joven Carlos. Fue persona culta, que quiso una religión renovada, intentando mejorar a los clérigos fundando la universidad alcalaína y apoyando una edición humanista del libro santo. La Biblia y la filología iban de la mano, a partir de Erasmo, quien fue invitado inútilmente. También fue señor de la guerra, pues participó en las victorias contra los infieles, a quienes quiso convertir. Destruyó libros de religión y teología, pero conservó manuscritos árabes de gran valor para la ciencia y la medicina. En todo momento, apoyó con firmeza la corona, a la que buscó ayuda contra infieles, órdenes, señores o rivales.

En este sentido, la nueva universidad puede considerarse como el brazo intelectual de la corona, abriendo sus aulas a la teología, el derecho canó-

nico, no el civil, así como a la medicina. También, en cierto sentido, el cardenal abría su casa, pues Alcalá de Henares era ciudad de residencia y descanso de los arzobispos de Toledo y allí precisamente instala la nueva institución. No se fiaba, desde luego, Cisneros de sus sucesores, pues conocía bien a los belicosos mitrados toledanos. Por ello no quiso que la universidad estuviese en las manos de estos prelados, sino que confió en la iglesia alcalaína, poniendo el cargo de canciller –quien vigila la conducta, la liturgia y los grados– en el abad de la magistral de san Justo. Pensó también en el interés de la vida en común y en el apoyo de personajes de valía, pero sin recursos, para ello la estableció en el nuevo Colegio Mayor de san Ildefonso. Queriendo que la universidad tuviese una sola alma, aunque dos cuerpos, unió en el rector el mando de las dos instituciones. Su inspiración en Bolonia es evidente, aunque Alcalá no es el primer colegio de estas características entre nosotros. Su estructura –por otro lado, como en otras universidades– dio lugar a muchos gastos –más religiosos y suntuarios que docentes o científicos– y a bravas peleas –entre colegiales, órdenes, manteístas, entre la universidad y los vecinos o la ciudad–. Fue duramente reformada en tiempos de Carlos III y Carlos IV, afectando seriamente a sus rentas. Los liberales la llevarían a Madrid, aprovechando sus haberes, cátedras y saberes.

Para la historia de esta Universidad, tenemos la obra de Vicente de la Fuente, personaje de gran interés. En su obra se lamenta de que la historia de la universidad de Alcalá de Henares está olvidada, pues en ese momento estaba suprimida. Tan sólo los primeros biógrafos del cardenal –lo que es revelador de la fusión en la memoria– relatan los pasos primerezos. Él escribe en buena parte como testigo de una época pasada, en buena parte en Alcalá. Conoce bien las antiguas universidades, cuyo recuerdo quiere mantener, se ocupa –entre otros mil asuntos– de etiqueta y ceremonial, de costumbres y ceremonias, de derecho, privilegios y pleitos. También de catedráticos y profesores, de saberes y enseñanzas, de muy diversas instituciones. Él fue bachiller en filosofía en Zaragoza en 1830, rector de un colegio menor y también el último graduado de Alcalá, así escribe “tuve el dolor de cerrar su puerta”. Tras cinco años de catedrático en Salamanca, pasa a la nueva de Madrid, procedente de la de Alcalá. Conoce bien los archivos de estas dos, más otros como Huesca o Sigüenza¹. Sus páginas, así como algunas propias, nos permitirán describir las ceremonias alcalaínas. Dejando aparte, las estrictamente religiosas,

1. Vicente de la Fuente, *Historia de las Universidades, Colegios y demás establecimientos de enseñanza en España*, 4 vols., Madrid, Vda. e hija de Fuentenebro, 1884-1889, I, 15.

nos centraremos en las académicas, las que se refieren a su origen y las que reconocen su real servicio. Tienen, pues, una triple motivación, los actos académicos, las afirmaciones de fidelidad a la corona o a la iglesia, las honras al fundador.

2. ENSEÑANZAS Y GRADOS

Las formas de enseñanza en la universidad eran fundamentalmente dos, la *lectio* y la *disputatio*. En ambas se debía mantener una gran familiaridad con los clásicos, siempre apoyada en el latín y en el silogismo. Tras los años marcados por las constituciones o los estatutos, se conseguía el grado de bachiller, consistente en la defensa de un acto público de conclusiones, que se llamaba “tentativa”. Se defendían varios puntos de lo cursado –incluso de filosofía– ante el claustro, aumentando su número con el tiempo. Los graduados contra-argumentaban al bachiller y el claustro de la facultad votaba la aprobación. Durante el reinado de Carlos III, si bien se mantuvo el bachiller a claustro en pleno, se impuso un tribunal de tres miembros, que añadía las preguntas sobre las materias estudiadas. Para los médicos, a partir del XVI se requería alguna práctica en hospital o con médico, y examen ante el Protomedicato. Los juristas, que empiezan su andadura en el siglo XVIII, pues el cardenal no quiso esta facultad contra Salamanca, alguna práctica y el examen en audiencias era preciso².

La licenciatura permitía la enseñanza, el doctorado quedaba como mera pompa, aunque los profesores tenían que recibirlo en un cierto plazo. Tras el bachiller se permanecía algunos años leyendo a los clásicos

2. Vicente de la Fuente, *Historia de las Universidades, Colegios...*, IV, 263-279. Mariano Peset, “La recepción de las órdenes del ministro Caballero de 1802 en Valencia. Exceso de abogados y reforma de los estudios de leyes”, *Saitabi*, 19 (1969), 119-148.

También se introduce el mérito en las oposiciones a cátedras de ciencias, pues se quiere tribunales de especialistas, preguntas y correcciones y el estudio de libros modernos en San Isidro, en el Seminario de Nobles de Madrid, así como en la universidad. Por ejemplo, Salamanca al entrar Juan Justo García, o la clase de opositores de Valencia que crea el plan Blasco. José Luis y Mariano Peset, *Carlos IV y la Universidad de Salamanca*, Madrid, CSIC, 1983; Norberto Cuesta Dutari, *El maestro Juan Justo García*, 2 vols., Universidad de Salamanca, 1974. José Luis Peset, “Reforma de los estudios médicos en la Universidad de Valencia. El plan de estudios del rector Blasco de 22 de diciembre de 1786”, *Cuadernos de Historia de la Medicina Española*, 12 (1973), 213-264.

en la universidad, al menos por un trienio. También participaban los bachilleres en los actos de conclusiones que los licenciandos realizaban en las llamadas alfonsinas. Se abría el libro del clásico con un estilete, eligiendo algunas opiniones, que se llamaban puntos de 24 horas. Durante este tiempo estaba incomunicado el graduando, luego venía una *disputatio* en la sala con el claustro reunido. Tras la votación en la sala rectoral, se procedía a la colación en la iglesia magistral. Era precisa la información de cursos y de limpieza de sangre.

Se iniciaba el acto con una procesión del paraninfo de la universidad a la Iglesia magistral, acompañada de chirimías, atabales y trompetas. Se trataba de publicar el mensaje o la buena nueva, se comunicaba por una oración latina y por el repique de las campanas. Al día siguiente en la sala capitular se publicaba el “rótulo”, orden de aprobados, y se pasaba a la iglesia donde se proclamaba. Terminaba con un discurso del canciller y un discurso del primer licenciado sobre ciencias y artes. Eran frecuentes las disputas y las intrigas para conseguir una buena posición en el rótulo, pues permitía ciertos cargos.

El grado mayor tenía dos partes, las vísperas y el doctoramiento. Se iniciaba con la “expectatoria”, con una cuestión latina a cargo de un estudiante y luego discursos académicos de un graduado y el doctorando. Muy peculiares eran las dos semblanzas de éste hechas por doctores, una en plan jocoso llamada “vejamen”, otra en tono elevado y serio, es la alabanza, que todavía se mantiene en la *laudatio* actual. El vejamen es muy peculiar, quizá deriva de las chanzas estudiantiles, quizá del *memento mori* claustral, quizá del elogio de la locura erasmiano, quizá es típico de cualquier rito de iniciación. Era popular, manteniéndose hasta mediados del XVII, todavía Felipe III asiste a uno en 1618. Pero causaba enojos y peleas y es suprimido cuando algún alto personaje se siente molesto y recurre al Consejo de Castilla, quien opina que es inadmisibile, pues “en la forma que se ha introducido es muy perjudicial, indecente y ha ocasionado grandes enfados y desconciertos”. Desde luego, también era muy estimado por universitarios, autoridades y vecinos el paseo de los graduados; participa toda la universidad con alcalaínos y, desde luego, el canciller. Se termina con reparto de dulces, o a veces con propina.

La colación del grado se hacía antes en la iglesia, luego en el paraninfo o teatro. Etimológicamente, significa el cortejo de la novia. Según el diccionario de la Academia y la enciclopedia Espasa-Calpe, significa el padrino de la boda, o el que anuncia una felicidad. También, el que anun-

ciaba el comienzo del curso, con una oración retórica, que animaba al estudio. Y, desde luego, el salón de actos académicos de la universidad³.

Tiene, por tanto, un sentido nupcial, de enlace del aspirante con la comunidad universitaria. Se entendería que se relaciona con quien anuncia o trae a la novia, así como quien notifica el alborozo del acontecimiento. De ahí pasa a significar el ánimo dado a quienes se dedican al estudio, así como el lugar donde se reconoce este mérito⁴.

Asisten los universitarios, el corregidor, los nobles, los jueces conservadores..., presidiendo el abad de san Justo. Se plantea una cuestión por un graduado mayor al que se paga con propina, y es respondido por otro joven, que es el más nuevo y actúa gratis, son el “gallo” y la “gallina”. El graduado hace el juramento y la profesión de fe, marcando su lealtad a la universidad, al rey y al papa. Se unen condenas en sus palabras contra el tiranicidio, el pacto social, o los jesuitas tras el extrañamiento; también defensas a favor de la inmaculada concepción o el regalismo.

Después se procede a la entrega de las insignias y a la colación de grados. Se da borla y grado por el canciller, luego el padrino entrega libro, anillo, birrete y guantes. El libro como símbolo de la sabiduría, el anillo como esposo y noble, el birrete como corona de saber, los guantes como caballero virtuoso. Se añade a los juristas cingulo, espuela y espada. Son símbolos claros de ese carácter religioso y nobiliario de las ceremonias, así como del enlace nupcial con la sabiduría de la universidad. En el curso del acto, se le eleva a la cátedra, en la que, en el futuro con su docencia, mostrará su pertenencia a las personas honradas, “que poseen la pericia en el enseñar, la facundia en el decir, la sutileza en el interpretar, y abundancia de materias en la enseñanza”. Luego viene el abrazo del canciller y del padrino, y la formulación de gracias y el reparto de insignias y propinas por el doctor. Al fin se va con un cortejo a las casas del decano, el canciller y el doctor, que quedan en ellas, así como el rector permanece en la suya⁵.

3. Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, 20ª ed., Madrid, 1984, II, 1012. *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana*, Madrid, Barcelona, Espasa-Calpe, 1958, t. XLI, 1358-1359.

4. Sobre Salamanca y sus doctorados, José Luis Peset, “En busca del alma mater universitaria”, *Revista de Occidente*, 112 (julio 1972), 68-78.

5. Elena Hernández Sandoica, José Luis Peset, *Universidad, poder académico y cambio social (Alcalá de Henares 1508 - Madrid 1874)*, Madrid, Consejo de Universidades, 49-61. Vicente de la Fuente, *Historia de las universidades...*, II, 223-229. L. Alonso Muñozerro, *La facultad de medicina de la Universidad de Alcalá de Henares*, Madrid, CSIC, 1943.

3. LA FIDELIDAD A LA CORONA

Sin duda, el cardenal quiso que su universidad fuera el apoyo intelectual a la corona de Castilla. Por ello la coloca bajo el abad de san Justo y no bajo la mitra de Toledo. Por ello, los reyes siempre acuden a que la universidad les rinda pleitesía y, a su vez, ofrecen su protección. Pero la proximidad de Madrid les era perjudicial, porque allí había poder y diversión. Siempre la atracción de la capital fue importante para estudiantes y profesores, que en cuanto podían abandonaban las aulas para irse a los negocios o a las juergas. Estaban consejos, cargos civiles y eclesiásticos, tribunales, negocios, conventos e iglesias, pero también toros, teatro, música, mujeres y juego. La universidad siempre coqueteó con la posibilidad de irse a Madrid, los jesuitas quisieron establecer una institución en competencia, que terminó como el Colegio Imperial. Al fin, el dinero, los profesores y las enseñanzas fueron a Madrid, tanto por las reformas ilustradas y las desamortizaciones, como por el traslado final⁶.

La universidad siempre recordaba su devoción real, en cuantas ocasiones le era posible. Así, por ejemplo, en el nacimiento del infante Felipe Próspero hijo de Felipe IV en 1648. Se decide celebrar fiestas y un certamen poético. Empiezan con la publicación del cartel con una solemne comitiva, que adelanta los festejos y fija el anuncio en las rejas de la biblioteca sobre la puerta principal de San Ildefonso, donde en 1600 se había puesto un balcón en honor de los reyes Felipe y Margarita que asistieron a otras fiestas. Se suceden una serie de festejos, de variado orden. Los cirujanos vestidos de mojuganga salen a caballo, con música de timbales y clarines. En un doctorado en teología, se leen unas octavas en honor del recién nacido. Hay fiestas con pólvora y se quema un templete mitológico. En fin, una procesión de acción de gracias, sale del colegio mayor y va a san Justo, donde se celebra una misa.

Se celebra otro día el certamen poético, de gran riqueza en su forma y contenido. En fin, una corrida de toros permite al alguacil mayor de la universidad matar una res al rejoncillo⁷. La corrida de toros, también pre-

6. Mariano y José Luis Peset, *La Universidad española (siglos XVIII y XIX)*, Madrid, Taurus, 1974, 333-349 y 397-406. M.^a Teresa Lahuerta, *Liberales y universitarios. La Universidad de Alcalá en el traslado a Madrid (1820-1837)*, Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 1986. Mariano Martín Esperanza, *Estado de la Universidad de Alcalá [1805]*, edición Diego Navarro, estudio preliminar José Luis Peset, Getafe, Instituto Antonio de Nebrija, 1999.

7. Vicente de la Fuente, *Historia de las universidades...*, III, 117-123.

sente en los doctorados de Salamanca, tenía un papel muy complejo. Desde luego, era una ceremonia enormemente cara, que limitaba el acceso al grado. Además, las corridas de toros españoles tienen, según Ángel Álvarez de Miranda, un doble origen. Por un lado proceden de los mitos del toro del Mediterráneo oriental, con un carácter de iniciación y compromiso. También de las corridas a caballo de la nobleza, que demostraba así su valor. Al parecer, las novias mojaban de sangre sus preciadas telas, en el mismo sentido que los doctores las paredes en los víctores. Eran signos de matrimonio, de compromiso, de sagrado y de fertilidad⁸. Recordemos que en la escalera de la vieja universidad salmantina, se encuentran representaciones de fiestas de toros, pues un caballero, un noble, alancea una res⁹.

Otra ceremonia notable, ya mencionada, eran las visitas de los reyes, así la de Fernando VII en 1816. Había nombrado al infante Antonio –que, a su muerte, será sustituido por el infante Carlos– como protector de la universidad de Alcalá de Henares. Tras recibir la muceta y la borla doctoral, recibe al rey Fernando. En la sala rectoral ocupan los asientos de rector y cancelario, se sienta entonces el claustro. Tras una arenga del catedrático de elocuencia, tiene lugar el grito de “viva el rey” y se procede al besamanos. Visita más tarde el monarca las dependencias de la universidad, biblioteca, sala rectoral, tribunal académico, secretaría, contaduría, aulas, salas de actos mayores y teatro o paraninfo. En la sala rectoral encuentra un ramillete de flores, con música de chirimías y atabales, a cargo del real cuerpo de zapadores, minadores e ingenieros. Alcalá se convertía en centro militar y nobiliario de protección de Madrid, de la corona. De brazo intelectual, pasó a partir de Godoy a brazo armado.

La visita al sepulcro del cardenal era de primera importancia. En el epitafio se leían alabanzas a la iglesia, al rey y al ejército, así como apoyo a la virtud. Contempló los estandartes “agarenos”. Otro día se conceden dos doctorados de gracia, otro visita el palacio arzobispal, donde se encontraba de regreso de los baños de Sacedón. Se querrá volver a las glorias de san Ildefonso, pero pronto vendrá la proclamación de la constitución de 1812 en 1820. También allí lo celebran, pero tras unos años se dividirán entre liberales y carlistas. Así en el trienio tiene lugar el primer

8. A. Álvarez de Miranda, *Ritos y juegos del toro*, Madrid, Taurus, 1962.

9. José Ramón Nieto González, *Universidad de Salamanca. Escuelas Mayores*, Universidad de Salamanca, 2001, 49-58.

traslado y los liberales isabelinos pronto la llevarán a Madrid, como la de Cervera a Barcelona¹⁰.

4. LA DEVOCIÓN AL CARDENAL

Todos los años, en su festividad, se celebraban misas y banquetes en honor del cardenal. El Colegio no reparaba en gastos, cuando se trataba de homenajear a su venerable fundador. Así vemos a los colegiales celebrar solemnes actos litúrgicos, así como un magnífico banquete en 16 de noviembre de 1589. La comida ordinaria era pan y vino, tocino y carnero, así como “ante” y “pos”. Suponía un gasto de 34'91 maravedíes por persona para 1558, excluidos pan y vino. La dieta total por persona y día, con pan y vino, eran 5.844'64 calorías, con 195'76 gramos de proteínas y 154'93 gramos de grasas. Se podía dar convites a los colegiales antiguos, o bien de otros colegios, el día de santo Tomás había ración doble, excepto de pan y vino. Pero el día de Cisneros mencionado, se vivía un auténtico festín. Se gastaron 121 reales y 21 maravedíes para 40 comensales. Se sirvieron salchichas y cabrito, tocino, huevos y manteca, naranjas y peras, pasas y almendras, manteca y azúcar, canela, especias y miel. La dieta con pan y vino podía alcanzar 7.891'81 calorías, con 181'66 gramos de proteínas y 203'69 de grasas¹¹. La proteína animal y, sobre todo, las grasas son alimentos de ricos. De todas formas, eran jóvenes y comedores y no todo se aprovecharía en la mesa colegial. Tal vez se desperdiciasen alimentos y, en cualquier caso, también otros comerían, pues las raciones eran una especie de pago para colegiales y empleados.

Siempre se quiso la canonización de Cisneros, así en 4 de febrero de 1627 se celebran unas fiestas por su beatificación. Una magnífica comitiva recorrió las calles principales de la ciudad, yendo desde san Francisco –el convento de su orden– hasta el colegio mayor –su gran invento–. La iniciaba una compañía de infantería de colegiales; se portaba el estandarte de Orán; seguían disparos, disfraces, cohetes, hachas llevadas por “morillos esclavos”; en medio un carro alegórico de la primavera; venían

10. Vicente de la Fuente, *Historia de las universidades...*, IV, 331-363.

11. José Luis Peset, Elena Hernández Sandoica, *Estudiantes de Alcalá*, Alcalá de Henares, Ayuntamiento, 1983, 113-128. Quizá con un cálculo más exacto, aumenten estos últimos datos.

caballeros estudiantes, ocho franciscanos, ocho españoles a caballo con estandartes con armas de la Inquisición y las reales de Castilla; ocho cardenales, un carro triunfal, la tropa imperial de hijos de la ciudad; en fin, los colegiales, la comunidad, con el rector, mientras el corregidor rondaba¹². Toda la historia de la universidad, su fundador y su tradición se encuentran aquí. La fidelidad a la corona y a la iglesia, los hombres de armas y la nobleza, las fiestas, la inquisición y la ciudad.

5. CONCLUSIONES

Aunque sea un poco atrevido, se pueden analizar las pruebas de grados desde los ritos de iniciación, o de paso. Desde luego, no olvidemos que desde la religión también se pueden interpretar, con sus símbolos, secretos y pruebas. En este sentido se entienden las dificultades puestas en el camino, pero también algunas notas extrañas, como el humor, la sinrazón o la simbología. El secretismo también es una nota de estas ceremonias, así las votaciones ocultas. Lo mismo el uso del latín, que enmascaraba la ciencia para los iniciados, como el griego en la época romana, o bien el inglés en nuestros días. Siempre hay una lengua culta, que distancia al pueblo. Todavía hoy en la universidad de Harvard se dan los títulos en latín y muchas de las inscripciones universitarias en muchas instituciones así están.

También se pueden analizar estas ceremonias desde el punto de vista del arte, sea de las corrientes y valores artísticos de la época, sea desde el estudio del simbolismo que el estudioso del arte nos aporta. En la universidad de Salamanca, la presencia de Hércules o del Toisón de Oro en la fachada, nos recuerda ese sentido de prueba que tienen los ejercicios universitarios¹³. También desde características sociales de un mundo nobiliario, en que predominan ciertos valores. Se puede ver en las disputas, en los retos

12. Vicente de la Fuente, *Historia de las universidades...*, III, 29-36.

13. Cirilo Flórez Miguel, *La fachada de la Universidad de Salamanca. Interpretación*, Universidad de Salamanca, 2001. Los personajes de Hércules, Jasón o Gedeón, mitológicos o bíblicos en busca de pieles, vellocinos o corderos sagrados, son objeto de pruebas en sus aventuras. También otros personajes, como los reyes, Venus o Marco Aurelio nos remiten al poder, a la virtud, o a la sexualidad. Sobre la orden del Toisón, rival de la Jarretera, *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana*, Madrid, Barcelona, Espasa-Calpe, 1966, t. LXII, 372-383.

y en la distinción, en el toreo, en la vela de armas. También en el buen gusto, en la estima del arte y de la religión, en el interés en el gasto y en el lujo. La música (chirimías, atabales y trompetas), el dispendio, la decadencia, el pacto con la iglesia y el rey son propios de esta sociedad noble. Los costos eran muy altos, lo que era una barrera social, que a veces se saltaba recurriendo a las menores, que eran mucho menos costosas (Almagro, Gandía, Oñate). De todas formas, son una garantía del conocimiento, el saber, la sangre y la virtud. Se trataría de la adquisición de una distinción y de un nivel social, desde el punto de vista de los sociólogos.

Sin duda, la universidad era una institución muy compleja. Las peleas en ella eran frecuentes, entre colegiales, órdenes, naciones, banderías sociales o políticas, milicia, facultades, empleados, manteístas y los vecinos. Torres Villarroel hablaba de dos universidades, una selectiva, antigua y cerrada, otra popular, abierta y progresista. Si bien servía para afianzar posiciones sociales, algunos estudiantes no tenían recursos, tal era la intención de los fundadores de los colegios. Así permitía cierto ascenso social en teología, e incluso es evidente la presencia de las minorías en la facultad de medicina, siempre considerada materia de árabes y judíos. Pero los colegios a la vez que se preocupaban de las pruebas de limpieza, olvidaban las de pobreza. La universidad tendía a hacerse propia de pequeña nobleza o gente acomodada, sobre todo los caros grados de las mayores. Es rara la presencia de alta nobleza, pues las buenas familias preferían el ejército, la administración o la iglesia. Pero la universidad se ofrecía también para éstas últimas, lo que testimonia la presencia del conde duque en otras aulas. También el poder de las órdenes y los colegios era inmenso. Señalemos la arrogancia de los franciscanos, o de los colegiales del mayor, como descendientes del fundador. Había un cierto ceremonial de los colegiales, que debían respetar rango, cargo o antigüedad. Así en los encuentros por la calle o en ciertos lugares, en las conversaciones, pero incluso en los actos académicos. Cuando el rector debía intervenir en los actos de los grados, no le era preciso responder, pues el maestro de ceremonias, con un bastonazo terminaba el acto. "Satis! Ne fatigetur tanta maiestas!". El vejamen significa algo parecido.

Podemos ver una cierta sinrazón en la universidad, tal vez ese camino irracional que san Pablo recomendaba y que Erasmo recoge en *Elogio de la locura*. Camino que se ve en las peleas, en las diversiones, en las fiestas y entretenimientos, en los gastos y banderías. Puede ser una crítica social o intelectual, pero también un elogio a la primavera y a la vida.

Recordemos ese carro que caminaba en los festejos al cardenal o esos poemas por el nacimiento del príncipe. Es un trayecto paralelo, estético, en el que la universidad tuvo su papel, recordemos su arte, su teatro o sus poemas. También las novelas, toda la picaresca está llena de bachilleres de Alcalá o Salamanca. Y, en la cima, Quevedo y Torres Villarroel. Aquél, en una visita al colegio, quedó atrapado por la clausura. Al intentar escapar con unas cuerdas, los colegiales las sujetaron, quedando a mitad de la fachada. Al acudir gente ideó un refrán, que Vicente de la Fuente recoge: “Es como Quevedo, que ni sube, ni baja, ni se está quedo”¹⁴.

14. Vicente de la Fuente, *Historia de las universidades...*, II, 418-427. José Luis Peset, Elena Hernández Sandoica, *Estudiantes de Alcalá*, 59-104. Recordemos, una vez más, las maravillosas tallas de la escalera salmantina, con músicos, toros, bufones, doncellas..., José Ramón Nieto González, *Universidad de Salamanca. Escuelas Mayores*, 49-58. Luis E. Rodríguez-San Pedro y Roberto Martínez, *Estudiantes de Salamanca*, Universidad de Salamanca, 2001. Las bromas colegiales y universitarias, así como sus ritos y costumbres, por ejemplo el padrino, se han transmitido hasta nuestros días.